



ACTO III

Una ensenada circuída de rocas; á la derecha, en el proscenio, la casa de Daland. En el fondo los buques del Noruego y del Holandés. Noche clara. El buque noruego está iluminado; su tripulación, llena de júbilo, recorre el puente. El aspecto del buque holandés forma siniestro contraste con este alborozo; una obscuridad sobrenatural lo envuelve por todos lados; reina en él silencio de muerte.

ESCENA I

LOS MARINEROS NORUEGOS, bebiendo

Reposa piloto, ven acá! Hohé, hehó! ¡Izad velas!
¡Echad áncora! Acá, piloto! Ni tememos el viento,
ni las cosas peligrosas! ¡queremos entregarnos al
júbilo! Cada cual tiene una novia en tierra firme,
excelente tabaco y aguardiente superior. ¡Hoosehé!
¡al diablo el escollo y la tempestad! ¡Jollohré! ¡Plegad las velas! ¡Fijad el áncora! Despreciamos la tempestad y el escollo! Piloto, ven acá á beber con nosotros! (Bailan.)

ESCENA II

Los MARINEROS, las DONCELLAS

(Llegan las doncellas llevando cestas con víveres y licores.)

DONCELLAS.—¡Mirad, cómo bailan! ¡parece que no necesitan de nosotras!

MARINEROS.—¡Hola, hermosas! ¡deteneos! ¿á dónde vais?

DONCELLAS.—¿Creéis que todo haya de ser para vosotros? también se han de divertir vuestros vecinos.

PILOTO.—Verdad es. Llevadles algo á esos infelices; se estarán muriendo de sed.

MARINEROS.—No se les oye chistar.

PILOTO.—¡Calla! ¡ni una luz! ¡ni el menor indicio de tripulación!

DONCELLAS (encaminándose hacia el buque holandés). — ¡Eh, marineros! ¡eh! ¿queréis antorchas? ¿dónde estáis? ¡qué oscuridad!

MARINEROS (riendo).—No les despertéis; todavía duermen!

DONCELLAS (llamando, en el buque). — ¡Ah! ¡marineros! ¡eh! ¡contestad!

(Pausa. Profundo silencio.)

PILOTO, MARINEROS.—¡Jah! ¡jah! de seguro están muertos! ¡no necesitan comer, ni beber!

DONCELLAS (como antes).—¿Qué es eso, perezosos, ¿estáis ya acostados? ¿no es fiesta, también, para vosotros?

MARINEROS.—No se mueven del sitio, como dragones guardando su tesoro.

DONCELLAS.—¡Eh, marineros! ¿queréis vino helado? ¿no tenéis sed?

MARINEROS.—No beben, ni cantan, ni brilla la menor luz en su navío.

DONCELLAS.—¿No tenéis novias en tierra? ¿queréis bailar con nosotras en la playa?

MARINEROS.—Son ya viejos caducos, y sus novias murieron hace tiempo!

DONCELLAS (gritando).—¡Eh! ¡marineros! ¡marineros! ¡despertad! Os traemos manjares y bebidas.

MARINEROS.—Os traen manjares y bebidas.

DONCELLAS (sorprendidas y azoradas).—Verdaderamente, parecen muertos! no necesitan comer ni beber!

MARINEROS (bromeando).—¡Ya sabéis la historia del holandés errante! Es su navío en cuerpo y alma.

DONCELLAS (como antes).—No despertéis á la tripulación! Son fantasmas, de seguro.

MARINEROS (con creciente alborozo). — ¿Cuántos centenares de años hace que surcáis los mares? ¿verdad que no tenéis tempestades, ni escollos?

DONCELLAS.—No beben, ni cantan, ni brilla luz alguna en su navío.

MARINEROS.—¿Tenéis cartas, encargos para tierra firme? dádmelas y las entregaremos á nuestros bisabuelos.

DONCELLAS.—¡Son viejos decrepitos, y sus novias murieron tiempo há!

MARINEROS.—¡Eh, marineros! ¡largad velas y mostradnos cómo navega el Holandés errante!

(Pausa.)

DONCELLAS (alejándose azoradas del navío holandés).—¡Nada oyen! ¡siento escalofríos! si nada quieren ¿á qué llamarles?

MARINEROS.—Hermosas, dejad á los muertos en paz, y sed amables con los vivos.

DONCELLAS (tendiendo sus cestas á los marineros).—Tomad; vuestro vecino no lo quiere.

MARINEROS.—¡Cómo! ¿no subís á bordo?

DONCELLAS.—Todavía es temprano; luego vendremos; bebed, en tanto y si queréis, bailad; eso sí, no molestéis á vuestro fatigado vecino. (Se van.)

ESCENA III

Los MARINEROS, el PILOTO

MARINEROS (vaciando los cestos).—¡Viva el placer! ¡viva la abundancia! ¡gracias, amables vecinos!

PILOTO.—Llene cada cual su vaso hasta los bordes; nuestro amado vecino nos da de beber.

MARINEROS (con ruidosa jovialidad).—Amables vecinos, si tenéis voz y lengua, despertad é imitadnos. (Desde este instante, empieza á reinar movimiento en el buque holandés.) ¡Descansa, piloto, ven acá! ¡hohé! ¡hehó! ¡izad velas! ¡echad ancla! ¡piloto, acá! Más de una vez hemos pasado la noche en vela, en el fragor de la tempestad; más de una vez hemos bebido el agua salada del mar; hoy velamos para distraernos y gozar; bebamos, brindemos; Hossahé! (El mar, tranquilo en general, comienza á elevarse en torno del buque holandés; brilla en éste, á manera de farol de guardia, una luz azulada y siniestra. Silba huracanado viento á través del cordaje. La tripulación empieza á moverse.

MARINEROS HOLANDESES.—¡Johohé! ¡johohé! ¡hohé! ¡hohé! ¡hohé! ¡houí-á! ¡la tempestad empuja hacia la costa! ¡houhí-á! ¡velas al viento! ¡áncora á bordo! ¡Negro capitán, desembarca! ¡ya han transcurrido siete años! ¡Solicita la mano de una muchacha rubia! ¡Rubia muchacha, sé fiel! ¡Regocíjate hoy, desposado! ¡El viento huracanado aúlla la música de los esponsales! ¡el Océano lo acompaña con su danza! ¡hou-hí! ¡Oíd cómo silba! ¿Capitán, estás de vuelta? ¡hou-hí! ¡A la mar! ¡Capitán! ¡Capitán! ¡no eres afortunado en amor! ¡hahahá! ¡Silba, aúlla, viento de tempestad! ¡dejas en reposo á nuestras velas! ¡Satanás las tejió; no se rasgarán en toda una eternidad!

(Mientras los marineros cantan, el navío se ve tra-

queado en todos sentidos por las olas; un viento de tempestad silba y aúlla á través de las cuerdas. Por lo demás, el aire y el mar continúan tranquilos como antes, exceptuando en torno del navío holandés.)

MARINEROS NORUEGOS (prestando el oído y contemplando el navío holandés con sorpresa, y luego con espanto).—¡Canto más singular! ¿será una visión? ¡me da calofríos! Entonemos nuestro canto; cantemos á toda voz: Piloto, descansa, etc.

(Los holandeses repiten su canto con creciente vehemencia en algunas estrofas; los noruegos se esfuerzan en dominarlo con sus voces; después de inútiles tentativas, el tumulto del mar, los rechínamientos, los aullidos, los silbidos de una tempestad sobrenatural y el canto cada vez más salvaje de los holandeses, les reducen al silencio. Retroceden, huyen, abandonan el puente; al verles huir, los holandeses sueltan un grito de estridente befa. De repente, vuelve á reinar mortal silencio en su navío, y el aire y el mar se tranquilizan al momento, como poco antes.)

ESCENA IV

SENTA, ERIK

(Senta sale conmovida de su casa; síguela Erik vivamente agitado.)

ERIK.—¡A qué me veo reducido, gran Dios! ¡qué he visto! ¿Será ilusión ó realidad?

SENTA (volviendo el rostro con dolorosa emoción).—¡Ah! no me interrogues; no puedo contestarte.

ERIK.—¡No hay duda, justo Dios! ¡era verdad! ¿qué fuerza fatal la arrastró? ¿qué potencia la sedujo tan pronto? Tu padre... sí; tu padre te proporcionó ese novio... Le conozco de sobras... ¡Ya lo presumía! ¡pero, tú! ¡es posible! ¡dar tu fe á un

hombre que apenas acaba de franquear el umbral de tu casa!

SENTA.—¡Basta! ¡cállate! ¡cállate! ¡era preciso!

ERIK.—¡Obediencia tan ciega como tu acción! Has acogido con gozo la orden de tu padre; de un solo golpe destrozaste mi corazón.

SENTA (agitada por interior lucha).—¡Basta, basta! ¡me está vedado verte, hablarte! ¡obedezco á un deber sagrado!

ERIK.—¿Cuál? ¿acaso no es deber más sagrado el guardarme lo que antes me jurabas, una fidelidad eterna?

SENTA (vivamente).—¡Cómo! ¿yo te juré eterna fidelidad?

ERIK (con dolor).—¡Senta, Senta! ¿lo negarías? ¿no quieres acordarte de aquel día en que me hiciste bajar de la montaña, llamándome al valle, y para ofrecerte las flores de los escarpados picos, desprecié toda fatiga? ¿Recuerdas cómo, desde lo más elevado de la cresta, vimos alejarse de la orilla á tu padre? Partía en su navío de blancas alas, y te confié á mi protección; cuando tu brazo ciñó mi cuello ¿no me renovaste tu promesa de amor? tu mano trémula, al estrechar la mía ¿no era prenda de fidelidad eterna?

ESCENA V

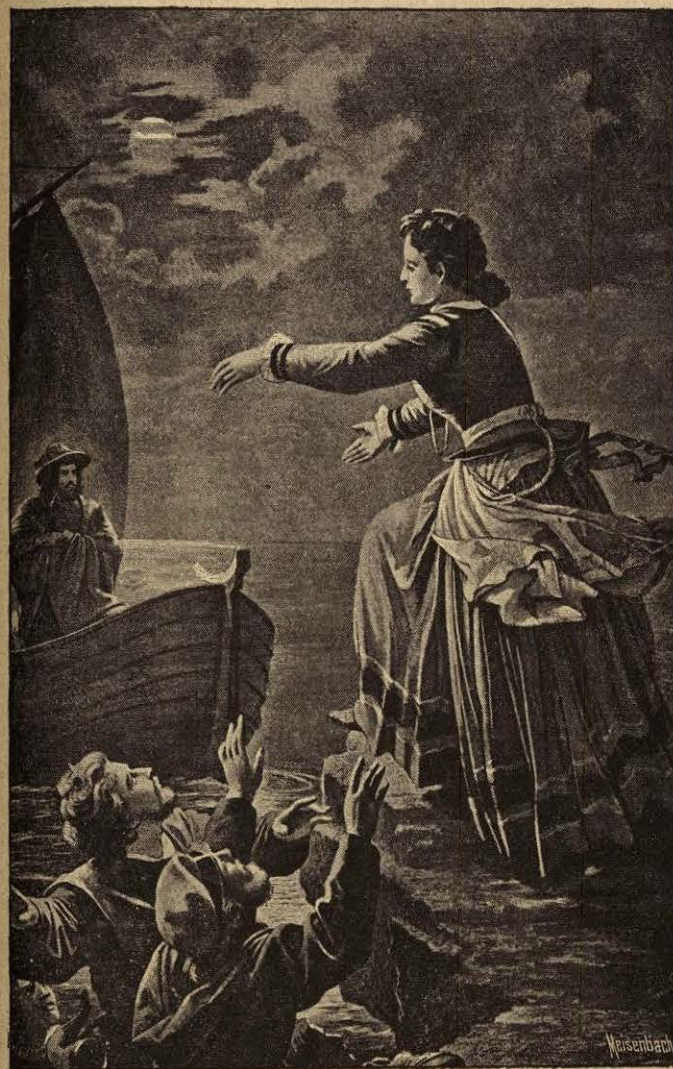
Los mismos; el HOLANDES

(El Holandés, que acaba de oír parte de la anterior escena, se presenta poseído de violenta agitación).

HOLANDES.—¡Perdido, allí, perdido! ¡perdido para siempre!

ERIK (retrocediendo espantado).—¿Qué veo, gran Dios?

HOLANDES.—¡Adiós, Senta!



SENTA (precipitándose á su encuentro).—¡Detente, desgraciado!

ERIK (á Senta).—¿Qué haces?

HOLANDES.—¡Al mar! ¡al mar! ¡por una eternidad! ¡desvaneciósese tu fidelidad, y mi redención! ¡adiós! ¡no quiero arrastrarte á tu ruina!

SENTA (como antes).—¡Detente! ¡no debes alejarte de aquí!

HOLANDES (da una orden á su tripulación, con un silbido estridente).—¡Velas al viento! ¡llevar anclas! ¡despedíos de la tierra para siempre!

SENTA.—¡Ah! ¿dudas de mi fidelidad? ¡Desdichado! ¡ciego! ¡detente y no destruyas nuestro enlace, que yo cumpliré lo que ofrecí.

HOLANDES.—¡Otra vez rechazado al mar! ¡Dudo de ti, dudo del cielo! Ya no hay fidelidad en el mundo; lo que ofreciste, era escarnio.

ERIK.—¿Qué oigo, Dios mío? ¿qué veo? ¿he de dar crédito á mis oídos? Senta ¿quieres correr á tu perdición? ¡Ven conmigo! ¡huye de las garras de Satanás!

HOLANDES.—¡Es fuerza que conozcas el destino de que quiero preservarte! ¡Estoy condenado al porvenir más atroz; morir diez veces sería para mí una felicidad! Sólo una mujer puede redimirme; una mujer que me sea fiel hasta la muerte. Tú me juraste fidelidad, pero aún no ante Dios; eso te salva, porque ¿sabes cuál es la sentencia que hiere á las que me han faltado á la fe prometida? la condenación eterna. Víctimas innumerables han sufrido por mi causa esta sentencia; mas tú, podrás eludirla. ¡Adiós, Senta! ¡Adiós también, redención mía, por toda una eternidad! (Sube á su buque.)

ERIK (presa de horrible angustia).—¡Socorro! ¡salvadla! ¡salvadla!

SENTA (vivamente agitada).—¡Te conozco, conozco tu destino! ¡Ya te conocía cuando te he visto por vez primera! El término de tu suplicio está aquí; mi fidelidad logrará tu redención.

(A las voces de Erik acuden presurosos Daland, María, las doncellas, y los marineros noruegos).

ERIK.—¡Socorro! ¡auxilio! ¡está perdida!

ESCENA VI

Los mismos, DALAND, MARIA, las doncellas y los marineros noruegos

DALAND.—¡Ah! ¡Dios mío!

HOLANDES (á Senta).—¡Tú no me conoces, ni puedes adivinar quién soy. (Muestra su buque, cuyas rojas velas están desplegadas, mientras la tripulación, horriblemente agitada, se ocupa en el aparejo.) ¡Interroga al navegante que cruzó el Océano en todos sentidos; éste conoce mi buque, terror de los hombres piadosos; el «Holandés errante!»

(Sube con la rapidez del rayo al puente del buque, que se aleja al momento entre los gritos de la tripulación. Todos quedan inmóviles, poseídos de estupor. Senta se esfuerza en desasirse de las manos de Daland y de Erik.)

DALAND, ERIK, MARIA y el CORO.—¡Senta! ¡Senta! ¿qué pretendes hacer?

(Senta se abre paso por fin, á costa de desesperados esfuerzos, corre hacia el extremo de una roca que se adelanta hacia el mar; desde allí, grita con todas sus fuerzas al Holandés que se aleja.)

SENTA.—¡Gloria á tu ángel libertador! ¡gloria á su ley! Mira y vé si te soy fiel hasta la muerte.

(Se arroja al mar; en el mismo instante el navío del Holandés se hunde y desaparece. En lontananza se ven surgir de las ondas al Holandés y á Senta transfigurados, y unidos en tierno abrazo.)

FIN DEL BUQUE FANTASMA

LOHENGRIN

ÓPERA EN TRES ACTOS